

Artículo

La IA, entre Babel y Jerusalén: una lectura mexicana de Magnifica humanitas, del papa León XIV

Ricardo Monreal Ávila



La IA, entre Babel y Jerusalén: una lectura mexicana de Magnifica humanitas, del papa León XIV

El 15 de mayo de 2026, el papa León XIV publicó *Magnifica humanitas*, la primera encíclica de la historia dedicada a la inteligencia artificial. Como mexicano, como católico y como legislador que lleva tiempo trabajando en una propuesta de Ley General de Inteligencia Artificial, la leí con una mezcla rara de interés intelectual, algo de orgullo por haber anticipado algunas de sus preguntas y una incomodidad genuina ante otras que no había sabido hacerme.

Primero, lo básico. Una encíclica es una carta solemne del sumo pontífice, dirigida a los obispos, a la feligresía y, en el caso de León XIV, explícitamente a todas las personas de buena voluntad. No es una ley civil ni un decreto; su fuerza es moral, pero ese ímpetu ha movido asuntos concretos. *Rerum novarum*, del papa León XIII, en 1891, ayudó a dar brújula moral a legislaciones laborales, sindicatos y debates sobre salario justo que todavía viven en nuestra Constitución. *Laudato si'*, del papa Francisco,



fue reconocida como un impulso decisivo para crear el ambiente político y moral que precedió al Acuerdo de París. Las encíclicas no gobiernan países, pero a veces les ayudan a encontrar el lenguaje para gobernar mejor sus crisis.

Magnifica humanitas entra en esa tradición. Su imagen central son dos ciudades bíblicas: Babel y Jerusalén. Babel es la historia de una humanidad que quiso construir una torre hasta el cielo, confiando solo en su propio poder, y terminó sin poder comunicarse. Jerusalén, en la lectura del libro de Nehemías, es una ciudad herida que se reconstruye con oración, trabajo compartido y sentido de comunidad. El papa señala que la inteligencia artificial puede ser cualquiera de las dos ciudades. Puede ser Babel: concentración de poder, manipulación, vigilancia, precariedad disfrazada de plataforma. O puede ser Jerusalén: diagnóstico médico accesible, educación de calidad, servicios públicos más eficientes, reducción de brechas. La diferencia, escribe León XIV, no está en el código, está en los fines, las instituciones y los valores de quienes la conciben, financian y **regulan**.

Esa frase me golpeó directo. Si la IA toma el rostro de quien la regula, entonces una propuesta legislativa no puede evaluarse solo por su técnica jurídica. También debe tomar en cuenta las ideas de persona, de Estado y de justicia que lleva dentro.





Aquí es donde el documento dialoga, a veces con comodidad y a veces con tensión, con los valores que la Cuarta Transformación ha puesto en el centro. El humanismo mexicano que defendemos, la idea de que primero deben estar las personas históricamente excluidas, la soberanía como condición del desarrollo, la fuerza del Estado como garante del bien común; todo eso tiene un eco muy claro en la encíclica. León XIV habla de dignidad humana, destino universal de los bienes, subsidiariedad y justicia social. No usa las mismas palabras que nosotros, pero hace las mismas preguntas: ¿quién se beneficia del progreso?, ¿quién paga sus costos?, ¿quién queda fuera?





En la propuesta que he venido trabajando, esas preguntas tienen respuestas concretas. La IA debe estar subordinada a los derechos humanos. Debe generar beneficio nacional compartido, no solo ganancias para quienes ya tienen capacidad tecnológica. Debe someterse a la responsabilidad humana ineludible, de modo que nunca pueda usarse como excusa para evadir consecuencias lo que “el algoritmo decidió”. Debe promover alfabetización digital, sostenibilidad ambiental y evaluación sociolaboral continua. En eso, la encíclica confirma la dirección.



Pero hay un punto del documento que me incomodó de verdad, y quiero ser honesto al respecto.

El apartado que León XIV dedica a lo que llama las *nuevas esclavitudes* me tomó por sorpresa. Describe con detalle la cadena de explotación invisible que sostiene la economía digital: los miles de jóvenes, muchas mujeres, que etiquetan datos y moderan contenidos traumáticos a cambio de salarios mínimos en países del sur global. Las niñas y los niños que, en condiciones peligrosas, extraen minerales para los microprocesadores. Las redes de trata que usan plataformas digitales y pagos anónimos para reclutar y controlar víctimas. El papa escribe que detrás de cada respuesta que parece inmediata y perfecta hay una larga cadena de cuerpos marcados y consumidos para que el flujo de los cálculos no se interrumpa.

Mi primera reacción fue defensiva: nuestras leyes laborales ya contemplan lo que él menciona y México hoy en día es principalmente consumidor de tecnología de IA; aún no somos productores de semiconductores especializados ni sede de los grandes centros de entrenamiento de modelos. ¿Qué más podemos hacer nosotros con eso?

Luego lo replantee. Somos la doceava economía del mundo. El país hispanohablante más grande del planeta. Un referente para toda América Latina. Cuando México contrata tecnología para sus servicios públicos, cuando una dependencia federal firma un contrato con una plataforma de IA, cuando una empresa con operaciones en México trabaja con Microsoft, OpenAI o Anthropic, está participando en esa cadena. Y participar sin preguntar es, en cierta medida, ser parte de lo que el pontífice describe.

Eso no estaba en mi propuesta y ahora considero que lo debe contemplar. Tanto el principio de debida diligencia sobre cadenas de valor como

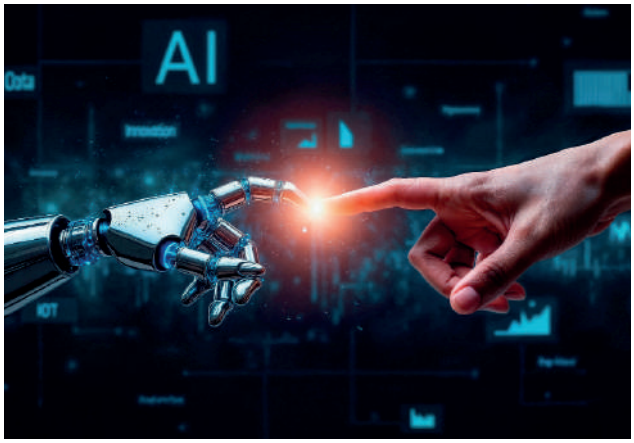






la exigencia de transparencia sobre las condiciones laborales y ambientales detrás de los sistemas que México compra o usa son compromisos que un país de nuestro tamaño puede y debe asumir. No se trata de pedir lo imposible a los proveedores; se trata de no cerrar los ojos.

Soy consciente de que esto exige un equilibrio delicado. Regular la IA con soberanía y protegiendo a las personas más vulnerables no debe llevarnos a frenar la innovación que también puede beneficiarlas. Al contrario, una buena regulación debería permitir que México dejase de ser solo un consumidor de inteligencia artificial para convertirse en un actor capaz de desarrollarla, controlarla y beneficiarse estratégicamente de ella. Proteger a las personas excluidas y exigir responsabilidad no tiene por qué ser incompatible con impulsar capacidades nacionales y atraer inversión responsable.



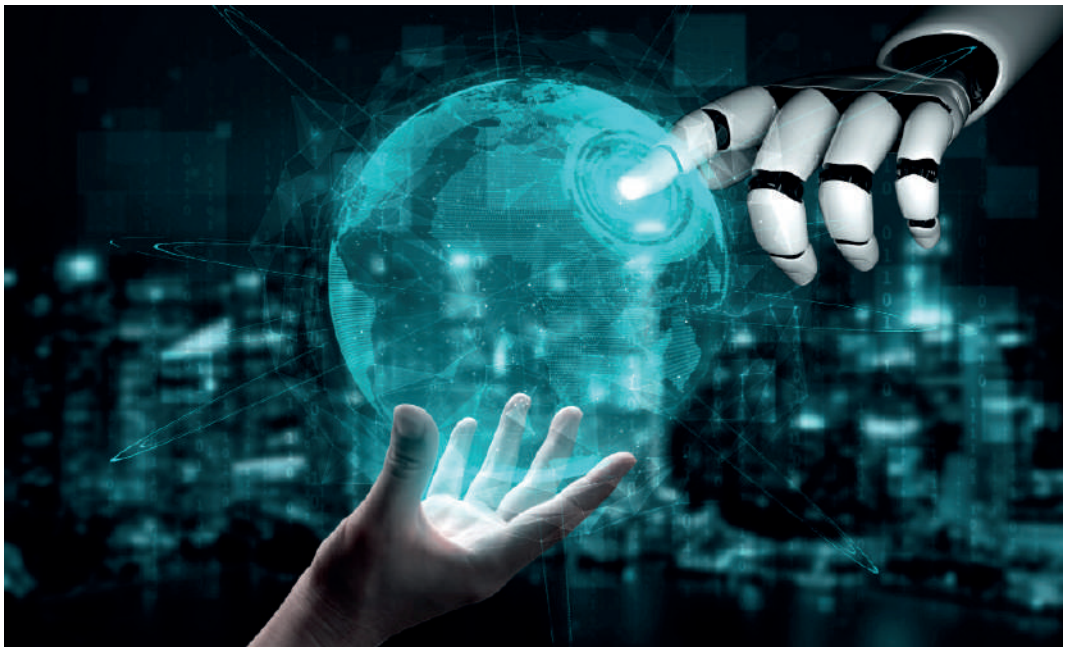
Precisamente ese equilibrio me obligó a dejar deliberadamente abiertos algunos puntos de la propuesta: ¿cómo se regula el uso de IA en seguridad pública sin abrir la puerta a la vigilancia autoritaria? ¿Cómo se protege a la población más vulnerable del impacto en el empleo sin frenar la innovación que también la puede beneficiar? ¿Dónde está la línea entre regular contenidos generados por IA y vulnerar la libertad de expresión?



No los dejé abiertos por descuido. Los dejé así porque no tengo la respuesta correcta, y creo que nadie la tiene todavía. Y aquí la encíclica vuelve a iluminar con un método: Nehemías no construyó Jerusalén porque tuviera el plano completo. Lo hizo convocando, escuchando y asignándole a cada familia su tramo de muralla.

Una reflexión moral de esta profundidad, que viene además desde una tradición con la que me identifico, no sirve para afirmar "teníamos razón", mas sí resulta útil para visualizar los huecos que uno mismo no puede ver, y para recordar que algunos espacios no deben llenarse en un despacho, sino en procesos de Parlamento abierto, con ciudadanía, personas expertas, comunidades afectadas y voces que normalmente no llegan a los foros legislativos. Eso también es construir Jerusalén.

Eso debería ser una ley de inteligencia artificial bien hecha. No un monumento técnico, pero sí un proceso colectivo en el que cada quien aporta lo que sabe, sabiendo que la ciudad que protegemos es la de todas y todos.



ricardomonreala@yahoo.com.mx
Ricardo Monreal



Ricardo Monreal

Ricardo Monreal

Visita: www.ricardomonrealavila.com